

## CUMBRES ARABES SOBRE EL LIBANO

En el espacio de ocho días, entre el 18 y el 25 de octubre pasado, se llevaron a cabo dos conferencias cumbres árabes para conseguir acabar, de un modo definitivo, con el prolongado y sangriento conflicto del Líbano, en el que además de las facciones libanesas y las palestinas, intervinieron iraquíes e israelíes. Estas cumbres, en realidad, no llegaron a alcanzar el valor de cumbres en su sentido estricto, porque a ellas no asistieron todos los jefes de Estado árabes y ni siquiera hubo representantes de todos. La primera, celebrada en Riad entre los días 16 y 18 de octubre, ya tuvo este carácter restringido al convocarse, y este fue el nombre que recibió, cumbre restringida de Riad. Lo fue por iniciativa del rey Jaled de Arabia Saudita y del emir de Kuwait, Sabah Salem Al Sabah, los cuales convocaron a los presidentes de Egipto y Siria, Anuar Al Sadat y Hafed Al Asad, al presidente del Líbano, Elias Sarkis, y al jefe de la Organización para la Liberación de Palestina, Yaser Arafat.

La segunda, convocada en El Cairo para el día 25, tuvo por objeto en realidad ratificar los acuerdos alcanzados en la primera, pero a ellas faltaron jefes de Estado tan significativos como el rey Hasan de Marruecos, el presidente argelino, Huari Bumedian; el presidente irakí, Hasan al Bakr, y el libio, coronel Muammar Al Kaddafi. Este además públicamente boicoteó la reunión, no enviando ninguna delegación, y la delegación irakí votó al final en contra de los acuerdos.

No obstante, la cumbre de Riad, dada la personalidad de los dirigentes asistentes, tenía peso suficiente para dar una dirección a los acontecimientos, y realmente sorprende ver con qué facilidad el monarca saudita, apoyado por el emir kuwaití, consiguió no sólo el alto el fuego, sino sentar a la misma mesa a los presidentes egipcio y sirio, acabando con un largo periodo de hostilidad y amenazas entre ambos, y, lo que es más, modificar la actitud del presidente Hafed Al Asad con respecto a los grupos cristianos derechistas libaneses y al

jefe de la Organización para la Liberación de Palestina<sup>1</sup>. A la vista del resultado, uno puede preguntarse: ¿Por qué los soberanos citados no echaron antes todo el peso de su influencia para detener un conflicto que sólo beneficiaba al enemigo común? ¿Es que su acción ha obedecido a un plan calculado en que incluso los Estados Unidos de Ford y Kissinger han tenido parte? Yo creo más bien que ha obedecido a un sentimiento de desagrado creciente en todo el mundo árabe de que el Líbano se dividiera y al deseo de que Israel no interviniera decididamente al lado de los cristianos. Un plan maquiavélico que muchos árabes, en su mayoría libaneses, habían apuntado es que Siria quería quedarse con el norte y este del país, los cristianos maronitas con la montaña del Líbano y su zona costera y los israelíes con el sur hasta el río Litani, la cual se convertiría en una zona fronteriza militar que evitaría acciones a lugares vitales de Israel. En una entrevista concedida a *Newsweek* por el jefe del Bloque Nacional, Raimundo Edde<sup>2</sup>, se apunta también algo de esto:

P.—*¿Dice usted que los americanos han desempeñado un papel activo, bien en iniciar la lucha o en prolongarla en Líbano?*

R.—Si desea mi opinión, creo que la CIA está detrás de la guerra, pero no puedo ofrecerle pruebas documentales. Tendrá que esperar un nuevo escándalo. Watergate o de los documentos del Pentágono que proporcionen eso, pero si considera la realidad de la situación hoy, verá que Líbano es ahora el punto de desintegración y que los amigos de América, Israel y Siria, están a la expectativa para beneficiarse de tal desintegración.

P.—*¿De qué modo pueden beneficiarse estos «amigos de América» de una guerra como ésta?*

R.—No tiene más que mirar al mapa. Siria controla ahora el norte y este del Líbano, extensiones ambas de territorio que siempre ha reclamado ser tradicionalmente suyas. Israel, en el Sur, se ha infiltrado en la zona, estableciendo alianzas con los cristianos extremistas, con objeto de crear una zona de amortiguamiento contra los palestinos y libaneses izquierdistas.»

Pero, por su parte, el presidente de Siria, Hafed Al Asad, en un discurso pronunciado el 20 de julio, que se ha calificado por los sirios y también por algunos libaneses de histórico, afirmó que la división del Líbano era un objetivo israelí, no porque el Líbano tenga peso militar en contra suya, sino porque la partición del país favorece la

<sup>1</sup> Véase FERNANDO FRADE: *El inacabable drama del Líbano*, REVISTA DE POLÍTICA INTERNACIONAL, número 147.

<sup>2</sup> «Interview: Raymond Edde. "The Filthiest civil war"», *Newsweek*, 1 noviembre 1976, p. 60.

creación de minúsculos Estados confesionales en la región, lo cual permitiría a Israel la negación del racismo del cual se le acusa en el plano internacional y, en consecuencia, hacer fracasar el lema de «un Estado laico en Palestina». Asimismo dijo, en otra parte de su discurso, que la partición del Líbano no era sino un complot que se dirige también contra el Islam y el arabismo, al servicio de los intereses del sionismo y de Israel, y que sólo podría tener éxito caso de seguir los combates. Por eso decía: «Para hacerle fracasar no hay más que una solución: poner fin a la guerra»<sup>3</sup>.

Es decir, que son dos afirmaciones que se contradicen en lo que se refiere a la intención siria y a su actitud derivada de ella, y los hechos, hasta ahora, demuestran que el presidente Asad ha dicho lo que en realidad es un deseo de todo el mundo árabe, no de Israel, desde luego, y no sé si de todos los libaneses. Esto en lo que se refiere al reparto del Líbano. Sin embargo, en lo del establecimiento de alianzas entre Israel y cristianos extremistas para crear una zona de amortiguamiento entre los lugares de asentamiento de refugiados palestinos en el sur del Líbano y el territorio israelí, no sé lo que en el futuro hará o podrá hacer el presidente Elias Sarkis, pero en la actualidad, cuando, después de los acuerdos en la cumbre citados, Siria ha permitido el paso de los palestinos hacia la región de Arkub, en el sur, en la que tradicionalmente han estado y a la que por eso se llamaba Fatahlandia, las milicias cristianas ocupaban los poblados fronterizos, con una ayuda israelita proclamada por el mismo ministro de Defensa, Simón Peres<sup>4</sup>.

También hay otra cosa y es que de la fuerza de paz que se determinó en la cumbre de Riad, de 30.000 hombres, procedentes de Arabia Saudita, Sudán, Yemen, Yemen del Sur, Emiratos Arabes Unidos, Organización para la Liberación de Palestina y Siria, 20.000 serían los soldados sirios existentes ya en el país, aunque, cierto es, bajo el mando del presidente Elias Sarkis. Pero veamos lo que sucedió en la cumbre de Riad, que realmente fue la decisiva.

Se celebró, como hemos dicho, entre los días 16 y 18 de octubre y en ella tomaron parte los jefes de los seis Estados citados, considerando como Estado a la Organización para la Liberación de Palestina. Diversos órganos de información han manifestado que la cumbre se celebró a instancias de Yaser Arafat, que, viendo a sus fuerzas derrotadas a causa de la intervención siria, telefoneó al príncipe heredero

<sup>3</sup> E. Cos, núm. 54, Damasco, julio-agosto 1976, pp. 2-3.

<sup>4</sup> Diario ABC, 26 octubre 1976, p. 28.

de Arabia Saudita y hombre de confianza del rey, Fahd Ibn Abdel Aziz, para que su país, de gran fuerza por su potencia financiera y la ayuda que presta a Siria y Egipto, interviniera con el fin de lograr un acuerdo que resultara honorable para todas las partes. El gobierno saudita se puso en contacto con el kuwaití, siempre sensible a la causa palestina por el gran número de palestinos residentes en Kuwait y teniendo a su cargo importantes labores en el desarrollo del país. A cargo del emir Fahed y del emir de Kuwait, Sabah Al Salem, corrieron las primeras gestiones diplomáticas para acercar a la mesa de conversaciones a los personajes juzgados más importantes. Además del presidente Elias Sakis, del Líbano, y del jefe de la OLP, Yaser Arafat, los presidentes Sadat y Asad, para los cuales supondría el abrazo de la reconciliación. Sólo faltó el rey Husein entre los jefes de Estado que rodean a Israel. Y también hay que hacer observar que los días anteriores a la inauguración de la conferencia de Riad los ministros de Asuntos Exteriores de los países árabes se encontraban reunidos en El Cairo discutiendo la cuestión del Líbano, y habían propuesto que el día 18 se celebrara la conferencia cumbre en dicha capital para solucionar la crisis. Como Asad decidió no acudir a ella y además ordenó intensificar el ataque a Bhamdun y Sidón, mientras las milicias cristianas lo intensificaban en la región fronteriza con Israel con el fin de cercar Beirut y Sidón y aislar la frontera sur, de ahí la llamada de Yaser Arafat. A esto se unió el que la acción de Asad había levantado un fuerte criticismo en todo el mundo árabe, y por eso Asad atendió a los requerimientos del rey Jaled y del emir Sabah para acudir a Riad y además decretó el alto el fuego que le pidieron. También costó cierto trabajo convencer a Sadat, aunque menos, y las gestiones tuvieron éxito, y éxito rápido pues al día siguiente se abría la conferencia. Hubo múltiples entrevistas ese día anterior, y durante los que duró la conferencia, para limar diferencias y asperezas. Precisamente la noche anterior, una entre el rey Jaled y el emir Sabah como árbitros y componedores con los dos presidentes que hasta entonces habían mostrado su mutua hostilidad: Asad y Sadat. De todas ellas dejó traslucir la prensa árabe los puntos en discusión y luego el comunicado final los confirmó.

Se especulaba con que el presidente Asad pediría la vuelta de los palestinos a sus campamentos y que se adhirieran de un modo estricto al acuerdo de El Cairo de 1969, entre la OLP y el gobierno libanés, que regulaba su permanencia en el Líbano. Este acuerdo, en síntesis, limitaba los movimientos de comandos armados dentro del

Libano y la existencia de armas pesadas en los campamentos. Sólo dentro de sus campamentos y en la región de Arkub, cerca de la frontera con Israel en el sudeste del país, podían moverse con armas. Se esperaba que Arafat, por su parte, no se opondría a esta demanda, porque nunca lo había manifestado y porque era una salida honorable a la difícil situación en que se encontraba. A su vez, todo el mundo veía lógico que pediría, por su parte, que los sirios retiraran sus tropas tras su frontera y que esto mismo también lo pediría Anuar Al Sadat. Por su parte, el presidente libanés, Elias Sarkis, se alegraría de ambas cosas, siempre que se pusiera a su disposición una potente fuerza de paz, mandada por alguien designado por él, toda vez que la tarea que se presentaría tras la cumbre sería muy difícil, como él mismo declaró luego, al final de la conferencia de El Cairo, a un periodista egipcio.

Precisamente hablando de esto, el diario saudita *Arab News* decía en un editorial publicado un par de días antes del comienzo de la conferencia: «El nuevo presidente libanés debe esperarse que apruebe tal acuerdo—la vuelta citada de los palestinos a sus campamentos y la retirada de las tropas sirias—porque, aunque fue elegido por la presión siria, desde entonces se ha establecido como su propio hombre. Los sirios, que la semana pasada abortaron un acuerdo que había alcanzado con los palestinos, lo que habría significado que se les pidiera su salida del país. No es difícil comprender la posición del presidente Sarkis. Una "ocupación" siria puede ser tan atrayente para cualquier libanés como una palestina. Debe esperarse que Sarkis apoye de todo corazón, aunque de un modo discreto, cualquier plan que determine una retirada militar siria»<sup>5</sup>.

Todas éstas eran cosas que flotaban en el ambiente y se habrían ya tramado en las conversaciones preliminares de los dos emires citados con los presidentes y el jefe de la OLP, porque es lo que en esencia se acordó en Riad. Según la agencia Middle East News, fue Egipto quien presentó a la conferencia una iniciativa, compuesta de 13 puntos, para acabar con la guerra civil, y además puso en boca de Anuar Al Sadat la afirmación de que las conversaciones no se debían dar por terminadas hasta que se concluyera un acuerdo final y decisivo sobre el conflicto. Sus palabras textuales fueron: «Egipto no echará culpas a nadie, porque lo que importa es que se concluya un acuerdo final y decisivo, de modo que los reyes y presidentes no salgan de esta reunión a menos que se haya alcanzado una solución decisiva»<sup>6</sup>.

<sup>5</sup> *Arab News*, Jeddah, 14 octubre 1976.

<sup>6</sup> *Ibidem*, 17 octubre 1976.

Está claro que había depuesto toda animosidad contra el presidente sirio y que se ponía incondicionalmente al lado de la iniciativa del rey Jaled y el emir de Kuwait.

Los puntos citados por la agencia fueron los siguientes:

— Urgir a todas las facciones en lucha en el Líbano a aceptar un alto el fuego y a cesar las hostilidades inmediatamente y de un modo permanente.

— Una fuerza árabe de seguridad supervisará el alto el fuego y separará las facciones guerreras sin atender a que sean tropas regulares o irregulares.

— La fuerza árabe de seguridad supervisará la ejecución del acuerdo de El Cairo entre las autoridades libanesas y la Organización para la Liberación de Palestina (OLP).

— La retirada de todas las fuerzas, regulares e irregulares, a sus posiciones primitivas y la eliminación de manifestaciones armadas se hará de acuerdo con un calendario y bajo la supervisión de la fuerza árabe de seguridad.

— Reforzar la fuerza árabe de seguridad de modo que se convierta en una fuerza disuasora capaz de llevar a cabo su labor.

— Todas las facciones deben prometer no interferir con la labor de la fuerza de seguridad, así como facilitar su misión y sus movimientos.

— Restaurar la vida en el Líbano a su normalidad, como lo fue antes del 13 de abril de 1975 (la fecha en que comenzó la guerra civil), bajo la base de preservar la soberanía e independencia del Líbano, rechazando su partición explícita o implícita y de preservar la solidaridad entre los pueblos libanés y palestino. Todas las facciones deben comprometerse a respetar la soberanía libanesa y abstenerse de cualquier acción que pueda repercutir en la unidad del suelo libanés.

— Todas las facciones libanesas deben comenzar un diálogo político en una mesa redonda, bajo la presidencia del presidente Elias Sarkis, con la idea de laborar por la reconciliación nacional.

— Debe establecerse un contacto directo entre la autoridad legítima libanesa y la OLP para discutir los asuntos relacionados con la puesta en ejecución del acuerdo de El Cairo y sus suplementos, y también con todas las materias que se refieran a las relaciones entre las dos partes dentro del marco de la soberanía libanesa y de la continuación de la presencia palestina encarnada en la OLP.

## CUMBRES ÁRABES SOBRE EL LÍBANO

— Reafirmar el compromiso con las resoluciones de las conferencias cumbre de Argel y Rabat, que reconocieron a la OLP como la única representante legítima del pueblo palestino. Todos los demás países deben comprometerse a respaldar a la OLP y abstenerse de intervenir en sus asuntos.

— Los árabes deben garantizar la seguridad, unidad, soberanía e independencia del Líbano, lo mismo que la del movimiento de resistencia palestino y la seguridad del pueblo palestino, así como su derecho a repeler la agresión israelí y permanecer firme ante los desafíos, bajo la jefatura de la OLP.

— Los árabes deben garantizar todos los acuerdos que se establezcan entre la autoridad legítima en el Líbano y la OLP.

Debe crearse una comisión, formada por representantes del Líbano, Arabia Saudita, Egipto, Kuwait, Siria y los Emiratos Arabes Unidos (EAU), para estudiar las necesidades financieras del Líbano y un fondo para la reconstrucción del Líbano.

Veamos qué es lo que salió de la reunión a través de su comunicado final:

— Un alto el fuego y la cesación de las hostilidades en todo el Líbano y por todas las facciones a partir de las seis horas de la mañana (0300 GMT) del miércoles 21 de octubre.

— Reforzar la fuerza árabe mantenedora de la paz hasta convertirla en una fuerza disuasora, bajo el mando del presidente Sarkis, del Líbano, y elevando su número hasta 30.000 soldados. Una de sus principales tareas será la de imponer la sumisión al alto el fuego, separando a las facciones en lucha y rechazando a los violadores del mismo.

— La fuerza árabe mantenedora de la paz también supervisará la observancia del acuerdo de El Cairo y sus suplementos, mantendrá la seguridad interior y supervisará la retirada de las fuerzas en lucha a las posiciones que ocupaban antes del 13 de abril de 1975, así como la liquidación de las manifestaciones armadas de acuerdo con un calendario.

— La fuerza árabe de paz recogerá todas las armas pesadas, incluyendo artillería, morteros, lanzacohetes y vehículos acorazados, y ayudará al gobierno libanés, cuando sea necesario, a hacerse cargo de las empresas y establecimientos de servicios públicos, así como a proteger las instalaciones militares.

— La implementación del acuerdo de El Cairo y la adhesión a lo estipulado en él, en letra y en espíritu, con la garantía de los países

árabes signatarios. Se creará una comisión, que incluirá representantes de Siria, Arabia Saudita, Egipto, Kuwait y Líbano, para supervisar la implementación del acuerdo y sus suplementos en el plazo de noventa días a partir del alto el fuego.

— La OLP afirma su respeto por la soberanía y seguridad del Líbano y que no intervendrá en sus asuntos interiores en vista de su compromiso con los objetivos de la causa palestina.

— Los países árabes signatarios se comprometen a respetar la seguridad del Líbano y la unidad de su suelo y su población.

— Los países árabes signatarios reafirman su compromiso con las resoluciones de las conferencias cumbre de Argel (1973) y Rabat (1974), que reconocen a la OLP como representante legítimo de los palestinos, y prometen apoyar a la OLP y respetar el derecho del pueblo palestino a la lucha contra Israel.

— Terminar todas las campañas de información de todas las facciones y dirigir la acción de los medios de comunicación al servicio de la causa de la paz.

Un calendario anexo señalaba la retirada de hombres armados y la liquidación de manifestaciones armadas en un plazo de cinco días en la montaña del Líbano a partir del alto el fuego, de cinco días también en el sur del Líbano, de siete días en Beirut y sus suburbios y de diez días en el norte del país. A esto seguiría la apertura de todas las carreteras y caminos, incluida la carretera de Beirut a Damasco, y la devolución de las empresas públicas al gobierno libanés.

La conferencia urgía también a todas las facciones libanesas a entablar un diálogo político cuyo objetivo fuera la reconciliación nacional y el fortalecimiento de los lazos de unidad del pueblo libanés.

Declaró también su rechazo a la partición del Líbano en cualquier formal, legal o de facto, implícita o explícita, y hacía especial hincapié en su compromiso para preservar la unidad nacional del Líbano y su seguridad territorial.

Las perspectivas dejadas tras esta conferencia, y mucho más teniendo en cuenta la espectacular reconciliación de Sadat y Asad, eran esperanzadoras para un paso adelante del mundo árabe desde la nueva posición de firmeza que había adquirido tras la guerra de 1973, interrumpida por las querellas entre ambos jefes de Estado. Sin embargo, muchas agencias de información mundiales pusieron en duda que llegara a tener eficacia práctica, y no sólo agencias extranjeras, sino dirigentes árabes, como los iraquíes y, sobre todo, el presidente libio, Muammar Al Kaddafi, que, como he dicho, boicoteó la confe-



rencia cumbre que se celebró en El Cairo el día 25 para ratificar solemnemente el acuerdo conseguido en Riad, y afirmó que no serviría para nada. En el diario *Le Monde*, tan al tanto de lo que sucede en Oriente Medio, apareció los días 24 y 25 un artículo titulado «¿El acuerdo de Riad comprometido?», en el que, hablando de las operaciones militares emprendidas por fuerzas derechistas cristianas a partir de poblados de la frontera con Israel para expulsar a los palestinos de la región, se decía que estas operaciones podían tener como consecuencia hipotecar la aplicación del plan de paz acordado en Riad. Asimismo citaba la afirmación del jefe falangista, Pedro Yimaiel, de que «un acuerdo total y real no había sido concluido», dado que el único representante en la cumbre de Riad había sido el presidente Elias Sarkis, que, por cierto, había mostrado una gran independencia de criterio y que junto con Hafed Al Asad había afirmado el carácter "árabe" del Líbano, cosa difícilmente admisible para la mayor parte de los dirigentes cristianos que, desde 1943 y la fundación del Estado libanés, se esfuerzan en preservar la "neutralidad" de su país para no comprometerle en el campo árabe, particularmente a propósito del conflicto con Israel. Los señores Pedro Yimaiel, Camilo Chamun y Suleimán Franyía han aprobado las resoluciones de Riad, pero con reticencia»<sup>7</sup>.

No cabe duda que las milicias maronitas se han sentido frustradas por no haber conseguido una victoria total sobre los palestinos y los más extremistas por no haber conseguido su desarme total, pero lo cierto es que sin Hafed Al Asad no habrían conseguido nada y éste ya no sigue la misma actitud porque todo el mundo árabe está contra ella, y mucho más frustrado se habrá sentido Israel, porque este conflicto era para él una forma de ganar tiempo y seguir en su intransigencia de acudir a la mesa de negociaciones.

Tampoco se puede decir de un modo tajante que los palestinos han visto sus alas recortadas en lo que se refiere a su libertad de acción desde el Líbano. Quizá no tengan la misma para lanzar expediciones armadas, pero es que la realización de éstas, previas a la guerra de 1973, ¿les dio más fuerza ante el mundo que lo que les dio esta guerra, primera en la que hubo una estrecha cooperación entre los Estados árabes que la desencadenaron? Esto es algo que he leído en órganos de información árabes y escuchado de palabra conversando con ellos. Lo que los árabes sacaron en consecuencia, en mi opinión, es que los palestinos no podían resolver el problema del

<sup>7</sup> «L'accord de Ryad compromis?», *Le Monde*, 24-25 octubre 1976.

reconocimiento de sus derechos legítimos como nación sin ayuda de todos sus hermanos, y menos valiéndose de esporádicos ataques que sólo traían tremendas represalias sobre los países que les daban asilo, o ataques de tipo terrorista que les traían la animadversión de Estados Unidos y Europa occidental, únicos que podían ejercer presión sobre Israel para modificar sus puntos de vista y ablandar su intransigencia. Además, después de esa guerra, la Organización para la Liberación de Palestina se ha erigido en representante de todos los palestinos, habiendo sido admitida a la Asamblea General de las Naciones Unidas como observador y dada entrada en casi todas sus agencias especializadas. Se la ha admitido como miembro con todos los derechos en la Liga Árabe y hasta en los Estados Unidos hay un creciente ambiente a contar con ella. La manifestación más sobresaliente de esta tendencia la han constituido las declaraciones del general Brown, comandante de la Junta de Jefes de Estado Mayor de los Estados Unidos, tan resentidas en los medios judíos norteamericanos. Hasta los propios dirigentes israelíes, como Al-lon o Rabin, no piensan del mismo modo que Golda Meir cuando preguntaba, todavía en 1968: «¿Quiénes son los palestinos?» Hoy ya piensan en la posibilidad de la creación de un Estado palestino que comprenda la ribera occidental del Jordán y la franja de Gaza, aunque su idea sea negociar en Ginebra con el rey Husein de Jordania, que perdió los terrenos en 1967, y no con la OLP de Yaser Arafat, y mantener posiciones estratégicas en dichas zonas.

Parece, pues, que Sadat y Asad están ahora de acuerdo en que hay que resolver el problema palestino por la negociación total en Ginebra, una vez que el del Líbano, que dividía a todo el mundo árabe, se resuelva. Ese es el verdadero problema de Oriente Medio. Por eso quizá Asad ayudó a los cristianos cambiando la ayuda primera que dio a la OLP, como expuse en mi artículo anterior. Pensó que las acciones palestinas contra Israel, sin controlar, además de lograr escasos resultados, traían como consecuencia un enzarzamiento creciente de la OLP con las fuerzas más potentes del Líbano, los maronitas, con el consiguiente peligro de la ayuda de Israel a éstos<sup>8</sup>.

A su vez, Sadat, parece que ha llegado el momento en que la política *paso a paso*<sup>9</sup>, instaurada por Kissinger y a la que él se sumó, ya le ha dado todos los beneficios que podía darle respecto a recuperación de terrenos perdidos en 1967. Lo que queda por recuperar

<sup>8</sup> F. FRADE: *El inacabable drama del Líbano*, REVISTA DE POLÍTICA INTERNACIONAL, núm. 147.

<sup>9</sup> F. FRADE: *La política paso a paso de Anuar Al Sadat*, REVISTA DE POLÍTICA INTERNACIONAL, número 143, enero-febrero 1978, p. 71.

en el Sinaí y lo que queda por recuperar en el Golán debe hacerse en la mesa de negociaciones, lo mismo que la afirmación de los legítimos derechos de los palestinos dándoles un Estado donde establecer a su pueblo. Es decir, que una guerra general como piden los extremistas árabes para lograr el objetivo final de eliminar el Estado sionista no se ve factible mientras los Estados Unidos sean los Estados Unidos, es decir, la primera potencia tecnológica y militar del mundo y concedan su ayuda incondicional a Israel, pero sí se puede conseguir que esta gran potencia haga presión sobre Israel para que ceda en su intransigencia y dé una satisfacción, aunque no sea máxima, a las legítimas aspiraciones de los palestinos. Si Siria y Egipto vuelven a actuar unidos como lo hicieron en la guerra de 1973, en la que tan bien supieron guardar el secreto de su acción unificada, y cuentan con el respaldo de tan poderosos personajes en lo que a recursos se refiere como son el rey Jaled y el emir de Kuwait, todo el mundo árabe se verá obligado a seguir sus pasos, haciendo uso los disidentes del «derecho al pataleo», pero ninguna acción efectiva que pueda torcer esa marcha. Tampoco pueden sentirse felices los extremistas libaneses—cristianos derechistas y musulmanes izquierdistas, por llamarles con estos tan convencionales nombres—ni tampoco los palestinos, pues ambos hubieran preferido su triunfo sobre el contrario. Las declaraciones de dirigentes suyos así lo hacen ver, particularmente las de los derechistas, en los que se trasluce la desilusión y la frustración. Así, el jefe de la milicia falangista, Bachir Yimaiel, hijo del jefe de la Falange, declaró a la prensa que él tenía sus «reservas» con respecto al acuerdo y que rehusaba todo lo que les llevara a la situación anterior al 13 de abril de 1975, porque eso significaría que toda la destrucción y muerte sucedidas habrían sido para nada<sup>10</sup>.

Estas reservas son las que hacen que la labor del presidente Sarkis sea sumamente difícil, y en ella tendrá que colaborar incluso Israel no mostrando oposición a las fuerzas árabes de paz que controlen la zona fronteriza separando a los cristianos de los palestinos. Estos, por supuesto, prefieren que en esta zona estén los soldados de dicha fuerza no sirios. Para facilitar su labor, aparte de estas fuerzas, cuyos gastos serán sufragados en su mayor parte por Arabia Saudita, Kuwait y Emiratos Arabes Unidos (unos 60 millones de dólares de los 90 que se calculan en total), cuenta con una ayuda mínima de 2.000 millones que se comprometieron a entregar estos países en la conferencia de El Cairo para la reconstrucción del Líbano, de los

<sup>10</sup> *Arab News*, Riyadh, 19 octubre 1976.

4.000 millones pedidos por el presidente Sarkis. Además, fuentes dignas de confianza dijeron a un redactor del diario *Arab News* que estos países concederían 1.000 millones de dólares más como apoyo financiero a Siria y a la OLP.

Una vez encarrilada la situación del Líbano por la vía de la paz interna y la reconstrucción del país, los esfuerzos árabes es de esperar que se dirijan a conseguir se dé una satisfacción a los palestinos, y todo parece indicar que, si presiona Estados Unidos, la conferencia de Ginebra se podría reanudar y lo ideal sería que asistiera a ella una delegación palestina. Ciertamente que los israelíes hasta ahora han mantenido que sea el rey Husein quien discuta la devolución de la ribera occidental del Jordán, pues si Jordania la perdió a ella se le debe devolver; pero, por otra parte, se habla mucho ya de conversaciones secretas mantenidas por elementos palestinos de la OLP con israelíes, principalmente de los de ideas izquierdistas, y uno de éstos, según ha publicado la revista *Newsweek*, miembro de la Knesset, Mair Pail, afirmó al corresponsal de dicha revista: «Creo que ahora veremos signos de un acceso pragmático y moderado de los palestinos hacia Israel. No un repudio a ultranza de su finalidad de crear un Estado secular y democrático en Palestina, pero indicaciones indirectas de que la OLP reconoce la existencia de Israel y que podría aceptar una entidad independiente en la ribera occidental del Jordán y en Gaza.»

Los cristianos maronitas, por su parte, tendrán que resignarse a perder su *status* de minoría privilegiada en bien de la paz y la vida de su país, pues no podrán ir contra corriente, y un nuevo Líbano emergerá, más integrado en el mundo árabe y quizá como paso a esa nueva unidad regional que se perfila y que en forma federativa reconstruiría la Gran Siria con lo que se consiga de Palestina, Jordania, Líbano y Siria.

FERNANDO FRADE